

tino de los esclavos y de los vencidos; pero estas clases malditas, rehabilitadas de su caída, hoy forman la inmensa masa de los trabajadores, á quienes está reservado el imperio de la tierra, no un imperio fundado sobre la fuerza, sino una dominación que realizará las aspiraciones de Hesiodo; la justicia y la paz.

§. III. — Esquilo.

Aristófanés ha caracterizado admirablemente el genio de Esquilo en la comedia de *Las Ranas* (1). En ella disputa Eurípides el primer lugar al gran trágico; Baco es el juez del proceso. Los dos rivales convienen en que lo que hace á un poeta digno de admiración son «las sábias lecciones por medio de las cuales hace mejores á los hombres.»—«¡Pues bien! dice Esquilo, ved á los hombres tal como salen de mis manos; yo se los entregué vigorosos y de cuatro codos de altos; no pensaban más que en lanzas y flechas, cascos de blancos penachos, almetes, escudos.—Baco. ¿Y cómo con esto hacías tú héroes?—Esquilo. Con una tragedia llena del espíritu de Marte.—Baco. ¿Cuál?—Esquilo. *Los Siete ante Tébas*; todos los espectadores salían con el furor de la guerra. Despues, en *los Persas* os inspiraba el deseo de vencer siempre á vuestros enemigos. Hé aquí los asuntos que deben tratar los poetas. ¿Como ha alcanzado el divino Homero tanto honor y gloria, sino enseñando mejor que todos los demas las virtudes, el arte de las batallas y el oficio de las armas?»

La misión de Esquilo fué exaltar el espíritu guerrero, inspirar el odio á la dominación extranjera. En *Los Siete ante Tébas*, el poeta ha mostrado todo el ardor de sus sentimientos. Un espía llega á dar cuenta de las disposiciones de sus enemigos (3): «Siete jefes, guerreros fogosos, sacrifican un toro; la sangre de la víctima es recogida en un escudo negro; todos meten allí la mano y juran por el Dios Marte, por Belona, por el Terror, amigo de la

(1) RAN., v, 1013 y sig.

(2) BODE, *Geschichte der hellenischen Dichtkunst*, t. III, p. 245.

(3) Vers. 42 y sig. Seguimos en general la traducción de ALEXIS PIERRON.

carnicería, destruir á Tébas y saquear la ciudad de los Cadmeos, ó perecer regando aquella tierra con su sangre.» El espía vuelve á su puesto, y vuelve á hacer la enumeración y la descripción de los Siete Jefes. Aquí los pensamientos y las palabras de Esquilo se vuelven gigantescos; «Tideo amenaza ya la puerta Proetide; tiembla de rabia, pero el adivino no le permite atravesar las ondas del Ismeno, porque las entrañas de las víctimas no son favorables. Tideo, furioso, arde en deseos de combatir; como un dragon que silba á la hora calurosa del mediodia llena con sus gritos y sus injurias al adivino, sabio hijo de Oicleo; le acusa de esquivar (1), como cobarde, la muerte y el combate. El guerrero sacude con estrépito las crines de su casco, compuestas de tres grandes garzotas, y las campanillas de bronce pendientes de su escudo produjeron un ruido espantoso» (2). Los otros jefes no son inferiores á Tideo: «Lanzan clamores espantosos, y llenos del dios Marte, furiosos como bacantes, la rabia del combate arrebató su alma, y sus miradas fulminan el terror» (3). Desafían á los dioses mismos: «Que el cielo lo consienta ó que el cielo se oponga, dice Capaneo, destruiré á Tébas; aun cuando caiga sobre mí la cólera de Júpiter no me detendré.» Los relámpagos, los rayos no importan para Capaneo más que el calor del mediodia (4).

La tragedia de *los Siete ante Tébas* está toda ella escrita en este mismo sentido. Aun cuando la leamos á dos mil años de distancia, sin participar de las ideas del poeta, sin experimentar la influencia eléctrica de una representación, que era al mismo tiempo una ceremonia religiosa, concebimos que este drama debía animar á los espectadores con el furor de la guerra. La lucha contra *los Persas*, despertando el patriotismo de los Helenos le había impreso al mismo tiempo una dirección hostil. Amar la patria y odiar á los Bárbaros era un sólo y mismo sentimiento. Esquilo expresa el odio al extranjero con una energía salvaje. Las Eumenides, en los ruegos que hacen por Atenas, piden «que los ciudadanos estén unos para otros llenos de mutuo amor, y de odio unánime

(1) ESQUILO dice *κατειν*, lisonjear, hacer la corte á la muerte por temor.

(2) IBID., *Siete ante Tébas*, v, 377-386.

(3) IBID., v, 497 y sig.

(4) IBID., v, 423-431. C. 529-532.

para los extranjeros» (1). Estas relaciones hostiles entre los pueblos diéron lugar á un derecho de gentes, que consagraba el poder absoluto del vencedor sobre el vencido. Esquilo admite este derecho, sin reserva, como natural, y lo traduce en máximas que caracterizan vigorosamente al mundo antiguo.

Mercurio anuncia á Prometeo los males con que Júpiter le va á oprimir: «Mira, si no atiendes á mis consejos, el cúmulo de males, la inevitable tempestad que te va á arrollar. Esas ásperas cimas las romperá en pedazos mi padre, por medio del trueno y del rayo abrasador; tu cuerpo desaparecerá bajo los restos y caerás en su seno de piedra. Despues pasará largo tiempo y reaparecerás á la luz del dia. Pero el perro alado de Júpiter, el águila ávida de carne, arrancará sin piedad un gran trozo de tu cuerpo; convidado no invitado que vendrá todos los dias á alimentarse con tu hígado, negro y sangriento manjar del festín. Y no esperes el fin de semejante suplicio, sino cuando un Dios se presente para sustituirte en tus sufrimientos.» El coro aconseja á Prometeo que ceda. El héroe responde: «Un enemigo es maltratado por un enemigo; no hay en esto nada de injusto» (2).

Electra viene á ofrecer libaciones sobre la tumba de su padre. El coro le prescribe lo que debe hacer: «Orar por los que aman á Agamenon y rogar que venga un dios ó algun mortal que degüelle á los asesinos del héroe.» Electra pregunta si los dioses encontrarán santa y justa una súplica que llama la muerte sobre la cabeza de su madre. El coro responde: «¿No es justo y santo volver á un enemigo mal por mal?» (3). Esquilo está lleno de estas máximas: «Que la lengua enemiga sea castigada por la lengua enemiga; este es el grito de la justicia reclamando su deuda en alta voz. Que el muerto venga al muerto. Mal por mal, dice la sentencia de los antiguos tiempos» (4).

Así lengua por lengua, mal por mal, es la moral proclamada por Esquilo. Los filósofos y los poetas tratan en vano de suavizar esta terrible sentencia y de introducir algo de humanidad en las rela-

(1) *Eumenid.*, v, 984-986.

(2) *Prometh.*, v, 1040-1042. C. 1014-1023.

(3) *Choeph.*, v, 123.

(4) *Ibid.*, v, 306-314.

ciones de los hombres y de los pueblos; es preciso que la antigüedad misma se rompa para que en lugar de un grito de venganza estalle esta ley del amor: el bien por el mal. Sin embargo, ya en Esquilo aparece vagamente una necesidad instintiva de una vida distinta de la vida de guerra y de odio que es la triste suerte de las naciones antiguas. El coro, órgano del pueblo, expresa sentimientos que contrastan con los de los héroes. En los *Siete ante Tébas*, deplora las desgracias que van á seguir á la toma de la ciudad; los infinitos males que el derecho de guerra entraña, inspiran á los hombres ideas pacíficas: «¡Ah! una ciudad tomada por asalto sufre mil suplicios. Por todas partes la violencia, la carnicería, el incendio; el humo oscurece la ciudad. Marte furioso inspiraba destruccion; no hay nada sagrado para su mano cruel. La ciudad resuena con espantosos rugidos. El guerrero cae degollado por el hierro del guerrero; óyense resonar los vagidos de los niños recién nacidos, muertos sobre el pecho ensangrentado. Despues viene el pillaje, pariente de la muerte.» La escena del pillaje descrita por Esquilo caracteriza perfectamente á los bárbaros vencedores; el poeta mezcla una sencilla pintura de los sufrimientos de las mujeres: «Los soldados se tropiezan en las calles; los que aún no tienen nada se excitan unos á otros; cada cual quiere su parte del botín; ninguno quiere ceder en nada; todos se acaloran por tener la porción mayor. ¿Cómo pintar lo que entonces sucede? Frutos de toda especie llenan el suelo. ¡Triste espectáculo! Los ojos de las mujeres se llenan de amargas lágrimas. Todos los dones de la tierra, confundidos al acaso, ruedan arrastrados en el fango de los arroyos. Y, nosotros, esas doncellas, esas madres, grandes dioses, se nos conducirá encadenados, arrastrándonos por los cabellos como á una manada de yeguas. Jóvenes hijas que no habian conocido jamas el sufrimiento, irán, esclavas infortunadas, obedientes, á compartir el lecho de un soldado feliz, de un enemigo triunfante, y pasarán sus noches en lamentables gemidos» (1).

En la tragedia de *Agamenon* el coro de los ancianos expresa sentimientos decididamente hostiles á la guerra: «Aquellos que han partido del país de Grecia han dejado, cada uno en su casa,

(1) *ESQUIL.*, *Siete ante Tébas*, v, 321-368.

grandes dolores, corazones destrozados. Se recuerda á quienes se ha acompañado hasta la orilla; y en lugar de los guerreros, lo que vuelven son urnas y ceniza..... Fermenta en los corazones una cólera sorda contra los Atridas que lo han mandado todo..... La indignación pública es una carga pesada; las imprecaciones populares son el tributo que de ello sacan los reyes. Un presentimiento me anuncia que se trama alguna calamidad en la sombra. Los dioses tienen fija la vista sobre los que prodigan la sangre. Llega un día en que las negras furias cambian la existencia del hombre que es feliz á expensas de la justicia: se aniquila, desaparece su fuerza, es borrado. No es el objeto de mis deseos el destruir las ciudades: ¡ojalá y no llegue á ver, cayendo cautivo, mi vejez sometida á los caprichos de otro» (1).

Los ancianos de Argos no se limitan á deplorar los males de la guerra, como las débiles mujeres de Tébas; acusan al jefe de la expedición de los Griegos de ser el autor de sus males, le amenazan con la justicia divina por tanta sangre derramada, y esta venganza va á cumplirse: Agamenon caerá bajo la espada de su mujer. El mismo sentimiento inspira los votos que forma por los Argivos el coro de *Suplicantes*: «Que los jefes de las naciones procuren llegar á una avenencia con los pueblos extranjeros ántes de prepararse para la guerra, y que no necesiten una derrota para reparar la ofensa» (2).

Dudamos que Esquilo participase de las opiniones que pone en boca del coro. Combatió en Maraton. En el epitafio que él mismo escribió olvidó sus poemas inmortales, para no acordarse más que de sus servicios guerreros: «Aquí yace Esquilo, hijo de Euforion. El bosque de Maraton contará su valor famoso y conocido por el Medo de espesa cabellera» (3). Este ardor guerrero respira también en todos sus dramas; prefiere el heroísmo de los combates á las dulzuras de la paz. Pero hay una idea propia del poeta, y es la de la justicia divina en las relaciones de los hombres y de los pueblos. Un escoliasta nos ha conservado un fragmento de una trage-

(1) *Agamemn.*, v, 429-474.

(2) *Supplic.*, v, 700-703.

(3) BRUNCK., *Analect.*, t. II, p. 523.—VILLEMMAIN., *Pindaro*, t. I, p. 199.

dia que resume perfectamente los sentimientos de Esquilo: «Ves la justicia muda, que se oculta á los que duermen, á los que caminan, á los que descansan. Luego viene con paso desigual y á veces tardo; pero ni áun la noche oculta las malas acciones; en todo cuanto hagas, cree que hay dioses que te ven» (1). Esquilo ha hecho aplicación de esta justicia divina á los sucesos más grandes de que la Grecia ha sido teatro: la guerra de Troya y la invasión de los Persas.

Esquilo canta la victoria de los Griegos en la tragedia de *Los Persas*. Parece natural esperar que el poeta ateniense exalte el valor de sus compatriotas y que atribuya á éste la derrota de los Bárbaros. Pero Esquilo, penetrado del dogma de la intervención de los dioses en las calamidades nacionales lo mismo que en las desgracias particulares, procede de distinto modo (2). Los ancianos persas están reunidos deliberando acerca de la marcha de los asuntos de aquel vasto imperio encomendados á su dirección. Llega la reina, aterrada por un sueño relativo á la suerte de Jerjes y de su ejército. Entónces el poeta evoca la sombra de Darío que viene á explicar á sus súbditos amedrentados, y postrados en tierra, la causa de los males que los afligen. La derrota de los Persas es un castigo por los sacrilegios cometidos por el rey: «Tratar de encadenar como á un esclavo al mar sagrado de los Helenos, detener la corriente del Bósforo producida por la voluntad de un dios! ¡Cambiar el aspecto de las ondas, cautivándolas en cadenas forjadas con el martillo, para facilitar un camino inmenso á un ejército inmenso! En suma, siendo mortal, ¡creer que podría vencer á todos los dioses y á Neptuno! ¡Qué locura, qué delirio cegaba á un hijo! Los Persas no tienen escrúpulo, al invadir la Grecia, de despojar los santuarios de los dioses, de incendiar sus templos..... Por estos crímenes sufren males iguales y se ven amenazados de otros; el abismo de los males no se ha agotado; la fuente mana todavía. Correrán arroyos de sangre bajo la lanza dorada, y quedarán cuajados en los campos de Platea. Montones de cada-

(1) *Fragmenta Æschyli*, núm. 323 (edic. Didot).

(2) JAKOBS., *Ueber die Perser des Æschylus* (*Vermischte Schriften*, t. v, p. 545-576).

veres, hasta la tercera generacion, hablarán en su mudo lenguaje á los ojos de los hombres: *Mortales, vuestros pensamientos no deben elevarse sobre la condicion mortal. Sembrad la insolencia y brotará la espiga del crimen y recogeréis dolores.* Veis el castigo que ha caido sobre la Persia por faltas de esta naturaleza: acordaos, pues, de Aténas y de la Grecia: que nadie en lo sucesivo desprecie su fortuna presente y arruine su propio poder, queriendo aumentar sus riquezas. Júpiter, vengador inflexible, pedirá estrecha cuenta de tan desenfrenado orgullo» (1).

Así, pues, el poeta ve en la derrota de los Persas una expiacion de su insensato orgullo y de su desprecio de los dioses. Penetremos en el fondo de esta teología: traduzcamos sus derrotas al lenguaje moderno ¿qué vemos en ellos? La Providencia ha señalado límites al poder de las naciones; nunca se ha intentado impunemente traspasarlos; las tentativas de monarquía universal han traído siempre desgracias sobre los conquistadores. Esquilo inaugura a filosofia de la historia, mostrando la mano de Dios en las calamidades que afligen á los pueblos (2). El cristianismo dió nueva fuerza á la idea de la justicia divina. En nuestros dias han surgido contradictores. No se atreven á negar la justicia de Dios, pero se dice que los débiles mortales no pueden echarla de ver, y que es una preocupacion católica ver en todo la mano de la Providencia; esto es, se dice, creer en milagros. Si hay en esto preocupacion, por lo ménos no es una preocupacion católica, sino filosófica, porque Esquilo pertenecia á la escuela pitagórica y no pasaba por ser hombre supersticioso, puesto que estuvo á punto de ser condenado como ateo. Verdad es que no siempre podemos descubrir la mano de la justicia divina cuando castiga á los individuos; solamente la conciencia del culpable sabe de dónde viene el golpe. Pero no sucede lo mismo con las naciones; su destino se realiza en esta tierra, y no hay nada que nos impida penetrar en las faltas que cometen y en la inevitable expiacion que las sigue. La justicia de Dios es infalible; donde vemos un crimen, podemos asegurar que no faltará el castigo. Esquilo no se ha engañado al se-

(1) *Pers.*, v, 739 y sig., 800-823.

(2) BERNHARDY, *Grundriss der griechischen Literatur*, t. II, p. 695.

ñalar la mano de Dios en la derrota de los Persas, como no se engañará la historia contemporánea al señalar la justicia divina en la caida del héroe que llena la Europa con su nombre, pero que abusó de su genio guerrero para sojuzgar á los pueblos. El historiador puede indudablemente equivocarse en sus juicios, pero este error es ménos funesto que la negacion de la justicia divina. Importa que esta idea penetre en la conciencia general; es el mejor medio para que el respeto del derecho sustituya á la violencia. No hay nocion más benéfica que la del derecho; está destinada á transformar las relaciones de los pueblos. Por este motivo recogemos sus primeras manifestaciones en las tragedias de un poeta filósofo. En la ruina de Troya nos hará tambien ver la accion de la justicia divina.

La hospitalidad es el punto de vista ideal de la vida antigua; la religion le imprimió un carácter sagrado. Entre los que violaron tan santos deberes el más culpable fué París. Por esto Júpiter no hace esperar la venganza. El poeta pinta con vivos colores el dolor y el furor de los Atridas al conducir las mil naves de la flota de los Argivos: «El clamor guerrero parte del fondo de su alma; hubiérase dicho que eran buitres en el momento en que, llenos de inexplicable angustia, azotando el aire con los rápidos movimientos de sus alas, dan vuelta alrededor de su nido vacío, de aquel nido en que tantos cuidados inútiles se han tomado para guardar sus hijuelos. Pero un dios escucha el grito agudo del dolor de las aves; es Apolo, ó Pan, ó Júpiter; envia la furia vengadora que castigará un dia á los criminales ladrones. Así Júpiter, el poderoso dios de la hospitalidad, lanza contra Alejandro al hijo de Atreo» (1). Priamo se ha hecho cómplice de París, negando á Menelao la devolucion de Elena. Troya expiará con su ruina la violacion de la hospitalidad: «Agamenon vuelve. Recibidlo con alegría, porque lo merece; recibid al que ha destruido á Troya con la azada de Júpiter vengador, que ha removido en todos sentidos el suelo del enemigo. Los altares, los templos de los dioses han desaparecido; toda la generacion de los hombres ha perecido en aquel país..... París y la ciudad su cómplice no se alaban de

(1) *Agamemn.*, v, 48-62.

que su crimen haya sido mayor que el castigo. París, culpable de raptó, de latrocinio, no ha conservado su presa, y ha visto destruida hasta sus cimientos la casa de sus padres, tan antigua como la tierra; los hijos de Priamo han pagado el doble de su falta (1)... Yo adoro á Júpiter, el poderoso dios de la hospitalidad; él es quien hace estas cosas.... Los que sufran una desgracia enviada por Júpiter, reconozcan la mano que los hiere y aprovechen el ejemplo de Troya. Sus planes se han cumplido. *El que ha negado que los dioses se dignasen ocuparse de los hombres que pisotean las leyes más sagradas, era un impto. Más de una vez lo han experimentado los descendientes de los que emprendían cosas injustas y se entregaban con demasiado ardor á la guerra»* (2).

El poeta dirigía á sus contemporáneos estas altas lecciones. Las maravillosas victorias sobre los Persas exaltaron la ambición de Atenas. Temístocles concibió vastos proyectos de dominación para su patria y de gloria para él; se le acusó de no retroceder ante ningún medio para conseguir este objeto. Esquilo prefería la política de moderación y de justicia á que va unido el nombre de Aristides (3). Pero no había llegado el tiempo de que las relaciones de los pueblos se rigiesen por el derecho. Lo mismo que la vida del hombre, la historia de las naciones nos presenta falta sobre falta, expiación sobre expiación. Los vencedores de Troya cometieron horribles atentados hasta en los templos, y por esto fueron perseguidos por la venganza de los dioses irritados: «Sí, en este día los Griegos dominan en Troya. Si su piedad respeta los dioses tutelares de la ciudad vencida y sus altares, los vencedores no sufrirán un reves de la fortuna. ¡Ojalá nuestro ejército no se entregue á la embriaguez del éxito, y llevado por el afán de lucro se apodere de cosas á que no debe tocar!.... Si se hacen culpables de algún atentado, que las desgracias de los que han perecido aplaquen á los dioses» (4).

De esta manera cumple la religión su misión civilizadora entre los Griegos. El derecho de guerra de los tiempos heroicos era bár-

(1) *Agamemnon*, v, 524-537.

(2) *Ibid.*, v, 355-376.

(3) MÜLLER, *Geschichte der griechischen Literatur*, II, 90 y sig.

(4) *Agamemnon*, v, 320 y sig.

baro; trató de humanizarlo. El temor de los dioses era el único freno de los héroes: defendió de su furor los templos y los altares, primera garantía en favor de los vencidos que, refugiándose en un lugar sagrado, eran respetados. No paró en esto la benéfica acción del sentimiento religioso; condenó el orgullo de los conquistadores, presentándolo como un desafío á la divinidad; puso límites á la insolencia del vencedor, haciéndole temer terribles represalias por parte de las furias vengadoras. El dogma de la expiación introdujo una idea moral en el dominio de la fuerza.

El paganismo puso también las relaciones de los hombres y de los pueblos bajo la protección de los dioses. En los tiempos antiguos la hospitalidad era el único lazo que unía á las naciones: violar aquel sagrado deber era romper la sociedad humana. Esquilo presenta á Júpiter castigando el crimen de París con la ruina de Troya. En las *Suplicantes* eleva la hospitalidad sobre los intereses mismos de la ciudad. Por no admitir como esposos á los hijos de Egipto, su tío, las hijas de Danao abandonan las márgenes del Nilo con su anciano padre y se refugian en la Argólida. Piden hospitalidad al rey: «Cumple con los deberes de un huésped justo y piadoso; no faltes á una desterrada á quien la impía violencia ha arrojado de un país lejano; no permitas que á tu vista se me arranque del santuario de todos estos dioses, tú que reinas aquí como señor soberano!» Pelasgo conoce lo que debe á la hospitalidad, pero le preocupa el interés de su pueblo; si recibe á las Danaidas, los hijos de Egipto le harán una guerra terrible; y si sucediese algún contratiempo, ¿no le dirían: «Por salvar á unas extranjeras has perdido á Argos» (1)? Y sin embargo, se debe temer la cólera de Júpiter, que protege á los suplicantes; no hay para los mortales nada más formidable» (2). En esta cruel incertidumbre, el Rey se decide á consultar al pueblo. Invita al anciano á llevar ramos á los altares de las divinidades del país, á fin de que todos los ciudadanos los reconozcan como suplicantes; teme que sin esto rechacen su proposición, porque «al pueblo le gusta encontrar defectos á sus jefes.» Pero Pelasgo se ha engañado en sus

(1) *Supplicantes*, v, 395-401; 438-440.

(2) *Ibid.*, v, 468 y sig.

previsiones; la voz del pueblo es la voz de Dios. Los Pelasgos saben que tendrán que arrostrar todos los males de la guerra, y sin embargo, no vacilan, sacrifican su interes al deber de la humanidad. «Los Argivos, dice Danao, han estado unánimes; mi viejo corazon ha rejuvenecido de alegría. Por un movimiento unánime de toda la multitud, el aire se ha erizado, digámoslo así, de manos derechas ansiosas de sancionar el decreto» (1).

Los antiguos concentraban en la ciudad todo el afecto que sentian hácia sus semejantes. El amor de la patria tenía más poder que los mismos deberes de humanidad. Bendigamos la religion y su órgano la poesía, por haber enseñado á los hombres que hay obligaciones más sagradas que las del patriotismo. Las *Suplicantes* son el triunfo de la caridad humana sobre el egoismo nacional. Todavía hay una enseñanza más elevada en las *Suplicantes* de Esquilo; el interes lucha con el deber y éste vence. Sin embargo, se trataba del interes de la propia conservacion. En los tiempos modernos los pueblos y los que los gobiernan admiten con demasiada frecuencia la máxima de que la salvacion del Estado es la ley suprema: máxima funesta que justifica todos los crímenes. No, las naciones tienen, lo mismo que los individuos, un deber superior á la misma existencia. Cuando el individuo se encuentra colocado en una de esas terribles alternativas, no debe vacilar en sacrificar su vida á su deber. Lo que es cierto para los individuos lo es tambien para las naciones. Perezca el Estado ántes que salvarlo por medio de una injusticia! Tal es la ley suprema. Cuando no se la respeta, no se debe hablar de derecho entre los hombres; domina el interes, es decir, la fuerza.

§ IV. — Sófocles.

Esquilo combatió en Salamina. Sófocles fué escogido para ser el corifeo de los adolescentes que cantaron el himno de victoria y

(1) *Supplic.*, v, 605 y sig. Traducción de PATIN, *Estudios sobre los trágicos griegos*, t. I, p. 170.

bailaron alrededor de los trofeos. Esta tradicion, relativa á los dos grandes trágicos, es una imágen de su genio y de su mision. El uno, poeta guerrero; anima á los Griegos al combate contra los Bárbaros con cantos inspirados por Marte; el otro, poeta de la paz, canta los beneficios de la civilizacion. Cuando apareció Sófocles en la escena estaba ya la victoria decidida en favor de los Griegos. La derrota del innumerable ejército de los Persas exaltó el orgullo nacional. Verdad es que los Helenos eran superiores á los Bárbaros; pero aún quedaban en sus costumbres muchos restos de la barbarie que imputaban á sus enemigos. La civilizacion y los sentimientos de dulzura y de justicia que inspira luchaban contra las pasiones violentas ó pérfidas de los tiempos antiguos. La poesía desempeñó gran papel en esta gloriosa lucha; dió lecciones de humanidad á los pueblos. Ningun poeta fué más digno de esta alta mision que Sófocles. ¿Cuál es el carácter de la edad heroica? Una mezcla de valor físico y de astucia. Los héroes de Sófocles están animados de las mismas pasiones, pero el poeta tiene cuidado de oponerles personajes que expresen sentimientos más puros. Después de la muerte de Aquiles, Ajax y Ulises se disputaron sus armas: los jefes del ejército se las adjudicaron á Ulises. Ajax era el verdadero representante de los tiempos heroicos, el guerrero que lo debía todo á la fuerza de su brazo; ¿por qué, pues, no le fueron concedidas las armas del héroe griego? Agamenon explica esta negativa: «No son la masa del cuerpo, ni los robustos hombros los que constituyen nuestro poder, sino la sabiduría que da la superioridad en todas las cosas. El buey más robusto obedece al ligero agijon que le hace volver al surco» (1). Esta idea no es de la edad heroica. Aquiles, el ideal del héroe, no brillaba por su sabiduría. Las palabras que el poeta pone en boca de Agamenon manifiestan el inmenso progreso realizado en las opiniones y en las costumbres: en tiempo de Sófocles los Griegos estaban dispuestos á despreciar las virtudes brutales que eran la gloria de Aquiles y de Ajax.

La oposicion entre las costumbres heroicas y los sentimientos

(1) *Ajax*, v, 1250-1252. Nos servimos generalmente de la traducción de ARTAUD, 3.^a edición, 1841.

de la nueva generacion está admirablemente pintada en la tragedia de *Filoctetes*. Por consejo de Ulises, aquel héroe había sido abandonado en una isla salvaje y desierta. Pero, como los oráculos hacian necesarias sus flechas para la toma de Troya, Ulises y Neoptolemo fueron enviados por los jefes del ejército para apoderarse de ellas. Se suscita entre ellos una discusion acerca de la manera de adquirirlas. Ulises es la personificacion de la política y de la habilidad de los tiempos heróicos; es el ideal de la astucia: Filoctetes dice de él con desprecio, que tiene siempre en los labios la mentira y el fraude, y que no puede esperarse de él nada justo (1). Neoptolemo expresa los sentimientos de la Grecia civilizada; á la astucia de su compañero opone la lealtad y la franqueza. La moralidad superior de los nuevos tiempos triunfa del espíritu de perfidia de los tiempos antiguos. Para preparar al hijo de Aquiles al papel poco honroso que tiene que desempeñar, Ulises le dice: « La mision que tienes que llevar á cabo exige una cosa que no es el valor; por mucha novedad ó extrañeza que mis palabras puedan causarte, tú estás aquí para secundar mis planes » (2). Entónces le declara que se trata de engañar á Filoctetes y de sustraerle sus armas invencibles por medio de algun artificio: « Ya sé que tu carácter no se presta fácilmente á la astucia; sin embargo, es agradable vencer. Atrévete y luégo volverémos á las severas leyes de la equidad. » Neoptolemo se subleva contra semejante proposicion: « Hijo de Laertes, los consejos, que con sólo oírlos me causan pena, me causarian horror si los siguiera. Estoy dispuesto á triunfar de Filoctetes empleando la fuerza, pero no la astucia..... He sido enviado para ayudarte, pero no quiero ser llamado traidor; prefiero un mal éxito con honor, á un triunfo con vergüenza. » Sin embargo, Neoptolemo se deja seducir; pone en planta el proyecto de Ulises. Pero pronto se arrepiente de su falta; para repararla va á devolver á Filoctetes las armas de que se ha apoderado engañándole. Ulises se opone en vano á esta intencion, que califica de insensata; trata de impedirlo, haciendo temer al jóven héroe la venganza de los Griegos. El hijo de Aquiles

(1) *Philoctet.*, v, 406-408.(2) *Ibid.*, v, 50-95.

responde que no teme sus amenazas, que tiene de su parte la justicia, y que *la justicia vale más que la habilidad* (1).

El progreso de la civilizacion se manifiesta igualmente en las creencias religiosas. En la edad heróica los dioses participan de las pasiones de los mortales; son violentos, astutos, injustos. Aún se advierten restos de esta concepcion en los poetas trágicos. En Esquilo los habitantes del Olimpo empleaban contra el hombre la astucia y la mentira (2); un verso de las *Danaiidas* llega á decir que la divinidad no retrocede ante un fraude justo (3). Los dioses de Sófoles son superiores á los de Esquilo (4). Júpiter castiga la perfidia, y lo que hace más memorable el castigo es que recae sobre su hijo querido Hércules. El héroe, huésped de Eurito, sacrifica uno de sus hijos por vengarse del padre. Hemos visto que en la *Iliada* esta violacion de la hospitalidad provoca la reprobacion de Homero más bien que la de los Inmortales. En Sófoles, Júpiter se indigna del crimen: « El señor de todas las cosas, Júpiter, encolerizado por esta accion, hizo vender al culpable como esclavo; no pudo sufrir que Hércules hubiese empleado por primera vez la perfidia para hacer perecer á un hombre. Si le hubiera atacado frente á frente le hubiera perdonado su justa venganza, porque tambien los dioses detestan la injuria » (5). Hércules es castigado por no haberse portado como enemigo leal. Las ideas de honor y de lealtad vencen en las relaciones de los hombres y de los pueblos á la astucia y á la perfidia de los tiempos antiguos.

La brutalidad de las costumbres primitivas se manifestaba en la guerra de una manera irritante. Se negaba la sepultura á los cuerpos de los enemigos; se los abandonaba á los animales carnívoros. En la tragedia de *Ajax* este odioso abuso de la victoria es censurado por el poeta, órgano de la Grecia civilizada. Ajax quiere vengarse de la afrenta que ha recibido de los jefes del ejército, que le han negado las armas de Aquiles: se prepara á matar á

(1) *Philoctet.*, v, 1222-1260.(2) *Pers.*, v, 93-101.(3) AESCHYL., *Fragm.* 110: ἀπάτης δικαίας οὐκ ἀποστραφῆ θεός.(4) BENJ. CONSTANT dice que Esquilo es en cierto modo el Antiguo Testamento del politeísmo, y Sófoles el Evangelio (*De la Religion*, XII, 7).(5) *Trachin.*, v, 274-280.